



ODA SEXTA

A FILÁCIDES, JÓVEN LUCHADOR.

CUAL requiere festivo convite,
Otra copa con himnos llenémos;
Y á salud del atleta brindémos,
Postrer hijo del grande Lampón.

La primera te dimos ¡oh Jove!
Cuando al ágil hermano Pitéas,
Coronaron las luchas Neméas
Con su lauro y mejor galardón.

Hoy que el Istmo á Filácides canta,
A vosotras, Nereidas cincuenta,
La segunda mi mano presenta,
Y á Neptuno, del Istmo Señor.

La tercera Castálide copa
Que reservo á las glorias de Egina,
Ya desde hora mi musa propina
Al Olímpico Dios Salvador.

El varón de los Dioses amado
Que trabajo y tesoros prodiga,
Y en su pecho magnánimo abriga
El valor y virtud celestial,

De la gloria si el árbol frondoso
La Fortuna ha plantado en su huerto,
Ancló ya de la dicha en el puerto
El bajel de tan sábio mortal.

Tal mostrarse hasta edad avanzada
Quiere el hijo del gran Cleoníco,
Y en virtudes y méritos rico,
A la tumba, por fin, descender.

Y yo pido á las Parcas divinas,
Sobre todo, á la altísima Clóto,
Que se dignen al ínclito voto
De mi amigo querido acceder.

¡Oh Señores del carro dorado!
Si á tal isla ¡oh Eácidas! llego,
He probado que siempre la riego
Con encomios de plácido olor.

Hasta el Norte, y del Nilo á las fuentes,
Llevaré vuestros hechos divinos,
Por millares de largos caminos,
Que hay abiertos, de cómodo anchor.

¿Quién conoce tan bárbaro pueblo,
Tan extraño al Heleno lenguaje,
Que á la fama no rinda homenaje,
Del gran héroe que á Tétis se unió?

De Áyax fuerte y su padre robusto
Con las glorias, la tierra está llena:
En sus naves el hijo de Alcmena
A luchar en Ilión los llevó.

Telamón del falaz Laomedonte
Corre alegre á vengar la perfidia;
Fiel aliado, con Hércules lidia,
Y penetran en Troya los dos.

Con las flechas que nunca descansan
Mata en Flegra al pastor (semejante
A montaña) á Alcionéo el gigante,
Y á los fieros Meropes en Cós.

Al partir á la guerra de Troya,
Telamón en gran cena se hallaba:
Entra Alcides, al hombro la clava,
Del león ostentando la piel.

Lo ve el héroe; y el brándis primero
Que pronuncie, á Anfitriónides ruega:
Copa de oro esculpida le entrega,
Con licor más sabroso que miel.

Elevando las manos al cielo,
Invencibles en cien y cien lides,
Majestoso á las preces Alcides
Da principio, y al brándis, así:

“¡Padre Jove! Mi súplica ardiente
Más que nunca hoy escucha propicio,
Si á tu Númen algun sacrificio
Agradable en un tiempo ofrecí.

“A éste jóven, mi huésped futuro,
Como el Hado inmutable desea,
Tal progenie le dé su Eribea
Que en valor no conozca rival.

“Cual la piel que me cubre, su carne
Penetrar no consiga el acero:
La arranqué (mi trabajo primero)
Al Nemeo león colosal.”

Así dice; y el águila augusta
Hace Dios que á la tierra descienda,
De las aves cual reina, y en prenda
De que ha oído su santa oración.

Se estremece de gozo al mirarla,
Y así clama en su gran regocijo
Con acento profético: “El hijo
A que aspiras, tendrás, Telamón.”

Y del águila el nombre le impone
En memoria del fausto prodigio
A Áyax fuerte, de inmenso prestigio
En la guerra, y de Marte secuaz.

Así el brándis Alcides termina:—
Mas volver á Pitéas importa,
Y Eutimeno y Filácides; corta
Tus recuerdos, ¡oh musa locuaz!

A los hijos ilustres y al tío
Cantaré brevemente, á la Argiva:
Tres coronas de espléndida oliva
El *pancracio* en el Istmo les dió.

Otras tres la frondosa Nemea
En sus sienas impuso galante,
¡Qué cantares su gloria brillante
A los vates despues inspiró!

Con el suave celeste rocío
De las Gracias, bañar les agrada
La familia gentil Psaliquiáda,
De hijos ínclitos madre y nutriz.

De Temistio la casa dejando
Sobre sólida base construida,
En Egina, del cielo querida,
Residencia eligieron feliz.

El anciano Lampón, el trabajo
Con la industria acompaña de modo,
Que el axioma del vate Hesíodo
Con los hechos demuestra seguir.

Lo repite á sus hijos constante,
Y con voz paternal los excita,
A dar gloria á su villa bendita
Con proezas y honesto vivir.

Su mansión se halla al huésped abierta;
Lo hace amar su gentil cortesía;
Y guardar la feliz medianía
Ha sabido, á que sólo aspiró.

Cual la piedra que, en Náxos criada,
Pulveriza los duros metales,
Es buscada entre cien pedernales;
Tal el mundo al anciano admiró.

Entre atletas sin cuento descuella;
Fiel la lengua interpreta su mente. . . .
Yo de Dirce en la límpida fuente
Hoy sus copas intento llenar.

Á las puertas de Tébas ilustre,
Las que á Jove alumbró Mnemosina
Dulces hijas, la fuente divina
Á mis plantas hicieron brotar.





ODA SÉTIMA

A ESTREPSIADES DE TÉBAS,

VENCEDOR EN EL PANCRACIO.

DE los antiguos timbres de alta gloria
Con que tu pátrio suelo resplandece,
¿Cuál ¡oh Tébas feliz! más te envanece?
¿Será quizá la historia
De Baco, tierno infante
De melena flotante,
Que diste tú á la luz, y es siempre al lado
De la ruidosa Céres adorado?

¿Ó aquella noche en que con rica veste
De nieve de oro, Júpiter divino
De Anfitrión á la morada vino,
Y progenie celeste
Vió germinar serena
La afortunada Alcmena?
¿Ó más de haber nutrido te glorías
Á Tirésias, fecundo en profecías?

¿Por ventura en Yoláo, de bridones
Íncrito domador, ó en los valientes
Que produjeron del dragón los dientes
Tus complacencias pones?
¿Ó la derrota aciaga
De Adrasto, más te halaga,
Cuando solo, sin huestes ni laureles,
A Argos huyó, criadora de corceles?

¿Ó tu orgullo mayor, en la colonia
Dórica cifras, que de tu almo seno
Mandaste, y encontró firme terreno
Allá en Lacedemonia,
Cuando tu heroica raza
(Los Égidas) la plaza
De Amicla, conquistó tras largo sitio,
Segun la predicción de Apolo Píto?

Se adormece la fama en sólo un día,
Y olvidan los mortales cada hazaña
Que el rocío dulcísimo no baña
De ínclita poesía.
Unid á alegre canto
De danzas el encanto
En honor de Estrepsiádes, cuya frente
Corona el Istmo en el *pancracio* ardiente.

Tremenda robustez, bella figura,
Y virtud no inferior el mozo ostenta:
De las bellas Piérides ya cuenta
Con la grata dulzura;
Y al tío, cuyo nombre
Lleva, inmortal renombre
El jóven sabe dar; noble Tebano
Que en la guerra inmoló Marte inhumano.

Va del honor la intrepidez seguida;
Y el que en la nube de enemiga armada
Aleja la sangrienta granizada
De su patria querida,
Y la feroz tormenta
Que del hermano ahuyenta
Lleva al contrario, gloria, vivo ó muerto,
A su familia legará de cierto.

¡Hijo de Diódoto, del guerrero
 Meleagro imitador, y del Tebano
 Anfiaráo rival, y Héctor Troyano!
 Exhalaste el postrero
 Aliento, de la vida
 En la edad más florida,
 Y en las primeras filas, dó se lanza
 El más bravo á lidiar sin esperanza.

De inefable dolor tu triste muerte
 Llenó mi corazón; mas hoy la calma
 Neptuno conmovido trae á mi alma
 Tras vendaval tan fuerte.
 Al són de mis cantares,
 Coronas á millares
 Tejeré al vencedor. ¡Mano enemiga
 De adverso Númen ¡ay! no me persiga!

Si léjos de la guerra, consagrado
 De las amenas Musas al cultivo,
 En mi risueño hogar tranquilo vivo,
 Así lo quiso el Hado.
 Morir debemos todos;
 Mas de diversos modos
 Al sepulcro cada uno se encamina;
 Ni cuál será su término, adivina.

Quien quiere más allá de su horizonte
 Llegar, ve que son débiles sus alas
 Para llegar á las etéreas salas.
 Así á Belerofonte
 Que penetrar desea
 De Jove en la asamblea,
 Y en su corcel subir al alto cielo,
 El alado Pegaso arroja al suelo.

Del vedado placer tras la dulzura
 Amarguísimo fin al hombre espera.
 ¡Oh tú, Señor de la áurea cabellera,
 Que de la edad futura
 Predices los arcanos!
 Abre, Apolo, tus manos,
 Y al que hoy celebro, da nueva corona
 En tus sagrados juegos de Pitona.





ODA OCTAVA

A CLEANDRO DE EGINA.

ALGUNO de vosotros
¡Oh jóvenes poetas!
Vaya de Telesarco
A las doradas puertas,

Y de Cleandro su hijo
Las ínclitas proezas,
Celebre, consumadas
En juventud tan tierna.

Los cánticos triunfales
Organice, y la fiesta,
Á sus trabajos árdulos
Debida recompensa;

Y cante su victoria
En la Ístmica palestra,
Y en los sagrados juegos
De la umbrosa Neméa.

Yo tambien, aunque mi alma
Cubre mortal tristeza,
A la áurea musa pido
Su inspiración excelsa.

Y ya que libre y salva
Se ve la patria nuestra,
De los grandes desastres
De la pasada guerra,

De cantos y coronas
No es justo que carezca,
Ni que la faz bañemos
Con lágrimas eternas.

Dejémos llanto inútil,
Y dulce cantilena,
Despues de tantos males
Nuestros oidos hiera,

Pues benéfico Númen
Ya de nuestra cabeza,
De Tántalo ha alejado
La aterradora piedra.

¡Ay! Sepultado habría
La enorme roca á Grecia;
Que á repeler no bastan
Su mole, humanas fuerzas.

Al huir los temores,
Huyó tambien mi pena:
Gocémos de los bienes
Tal como se presentan.

El insidioso tiempo
Con vorágine incierta,
Revuelve de la vida
Las aguas turbulentas;

Pero remedio fácil
 Á todas sus dolencias
 Halla el hombre, si sólo
 La libertad le queda.

Tiempo es que la esperanza
 Nos llene lisonjera:
 Es justo que yo en tanto,
 Como educado en Tébas

(¿Quién elogiar no ha oído
 Sus siete ilustres puertas?)
 Las flores de las Gracias
 Dócil á Egina ofrezca.

El mismo padre Asopo
 Las engendró gemelas,
 Y agradaron á Jove
 Las dos hermanas bellas.

De la ciudad que baña
 La pura agua Dircéa,
 (Célebre por sus carros)
 El cetro donó á Teba.

Á tí, Egina, de la isla
 De Enopia te hizo reina,
 Y allí la esposa fuiste
 Del que en Olimpo impera.

Y ofreciste al Tonante
 Un hijo, cuya ciencia
 No han igualado cuantos
 Habitan en la tierra.

Éaco fué, el divino,
 Que hasta en las diferencias
 De los Números, supo
 Juzgar con vara recta.

Sus hijos semidiosos
 De majestad excelsa;
 Sus nietos fueron héroes
 Terribles en la guerra:

Y si en la lid brillaba
 Como rayo su diestra,
 Lucía en el consejo
 Su altísima prudencia.

De los Números, todo
Recordó la asamblea,
De Tétis por la mano
En la viva contienda.

Codiciaban Neptuno
Y Jove su belleza,
Ambos de amor heridos
Por la gentil Neréida;

Mas de los Inmortales
La sábia providencia
Llevar no quiso á término
La suspirada empresa.

Consultan el oráculo,
Y su veraz respuesta,
La fatídica Témis
Así al Senado lleva:

“El hijo á quien dé vida
La marina doncella,
Del padre que lo engendre
Superará la fuerza.

“Si Jove, opondrá al rayo
Rayo de más potencia;
Si Neptuno, un tridente
Que su Tridente venza:

“Tal (dice) de los Hados
La voluntad decreta.
Vuestra amorosa lucha
Fin ¡oh Números! tenga.

“Dejadla que se enlace
Con un mortal, y vea
Al hijo de su vientre
Morir en lid horrenda,

“Aunque iguale su brazo
Á Marte en fortaleza,
Y aunque su pié veloce
Relámpago parezca.

“Yo opino que al Eácida
Peléo, se conceda
La ninfa en matrimonio,
De gratitud en prenda.

“Porque es el más piadoso
Varón (la fama cuenta)
De cuantos asaltaron
De Jólcos las trincheras.

“De Quirón al instante
Á la inmortal caverna,
Rápido mensajero
Corra á anunciar la nueva.

“De Neréo la hija
Á ser causa no vuelva
De que la paz perturben
Disensiones acerbas;

Y luego que en el cielo
Brille la luna llena,
Rómpase de su intacta
Virginidad la rienda.”

Así á los dos Saturnios
La Diosa habló severa,
Y aprobación mostraron
Con sus divinas cejas.

Del vaticinio el fruto
Germinó con presteza;
Que apresuró las bodas
Peléo, segun cuentan.

De Aquíles, tierno vástago
De aquella unión, doquiera
Pregonó las hazañas
La voz de los poetas.

Él del vencido Télefo
Hizo la sangre negra
Correr entre las vides
De la Mísia pradera.

Á su robusto brazo
(Igual á puente férrea
Sobre la mar) debieron
Los Atridas su vuelta.

Él devolvió glorioso
La libertad á Helena,
Derribando su lanza
Las columnas soberbias

Que del Troyano campo
En las lides sangrientas,
Á su marcha oponían
Impasable barrera:

Á Memnón orgulloso,
Á Héctor, rayo de guerra,
Y á mil otros caudillos
De indómita fiereza,

Que á la morada oscura
Do Proserpina reina,
Mandó de los Eácidas
El Rey y flor primera

Que á Egina y á su stirpe
Dió fama sempiterna,
Y en cuyo honor, los himnos
Ni aún en la tumba cesan.

Su pira circundaron
Las Vírgenes Pimpleas
Entonando elegías
De celestial cadencia.

Con tal ejemplo al hombre
Los Númenes enseñan,
Que cantar á los muertos
Es piadosa tarea.

Del carro de las Musas
No sin razón las ruedas,
Hoy del púgil Nicocles
Sobre la tumba vuelan.

Honradlo: que en el Istmo
Coronó su cabeza,
El apio que germina
En las Dóricas glebas,

Despues que á sus vecinos,
En menores palestras,
Venció mil ocasiones
Con indómita diestra.

De su robusto primo
No desdice de veras,
Quien hoy en el *pancracio*
Venció, jóven atleta.

ISTMICAS

Á Cleandro coronas
De verde mirto teja
Alguno de vosotros
¡Oh jóvenes poetas!

Que ya luchó de Alcato
Con éxito en la arena,
Y en Epidauro obtuvo
Magníficas preseas.

¿De elogio quién más digno
Que el jóven, que su tierna
Edad no gasta en ocio
Oscuro, y vil pereza?

FIN DE LAS ODAS

NOTAS